muchos cuidados caerían sobre nosotros; habríamos de repartir sus bienes y ceder este palacio á su madre y al que ella honrase con el nombre de esposo.

»Baja Telémaco á espaciosas estancias en las que se hallaban reunidos los tesoros de su padre; veíanse allí enormes montones de oro y de cobre, preciosos cofres en los que se conservaban magníficos vestidos, y ademas grandes urnas con odoríferos aceites y vinos generosos transformados por los años en néctar digno de los inmortales y reservado para Ulises, si algun dia regresaba, agobiado de infortunios, á la morada de sus mayores. Macizas puertas de dos hojas cerraban el paso á este recinto; junto á ellas velaba noche y dia una mujer, la hija de Ops, la discreta Euriclea.

»—Nodriza, díjole Telémaco, del mejor vino, exceptuando el que conservas para mi desgraciado padre, si algun dia podemos verle con vida y libre de sus infortunios, llenarás doce urnas y las sellarás con perfeccion; en recios odres colocarás hasta veinte medidas de la harina más pura, y tenlo todo dispuesto esta noche así que mi madre, retirada á su estancia, quede entregada al sueño. No salga de tu pecho este secreto, pero sabe que marcho á Pilos y á Esparta para adquirir, si posible es, noticias de mi padre.

»La fiel Euriclea prorumpe, al oirlo, en dolorosos gritos y en sollozos.

»—¡Oh hijo mio! ¿quién te ha inspirado tan funesto designio? Tú, único hijo de Penélope y objeto de nuestra ternura, exponerte solo y sin apoyo en la inmensa extension de la tierra! ¡Ay! El magnánimo Ulises, no cabe duda, ya no existe y ha muerto lejos de su patria en un pueblo ignorado. Apénas habrás partido, hombres perversos te armarán mortales celadas y repartirán entre sí tus bienes. Quédate, pues, entre nosotras y vela por tu herencia. ¡Líbrente los dioses de correr los azares innumerables del mar no domado y de una existencia errante!

»—Calma tus temores, contestóle Telémaco; este designio mio no ha nacido sin la voluntad de los dioses. Júrame ocultar por espacio de once ó doce dias mi ausencia á mi madre, y aguarda á lo ménos para anunciársela á que me llame á su presencia, ó bien á que por otros la sepa. Mucho temo causar á mi madre honda afliccion.

»La vieja Euriclea promete solemnemente guardar el secreto, tomando por testigos á los dioses, y miéntras se ocupa en cumplir las órdenes del príncipe, dirígese éste á la sala donde se reune con los pretendientes de su madre.

»Minerva, en tanto, hallábase entregada á otros cuidados; con la figura de Telémaco recorría la ciudad y elegía á los que habían de acompañar al príncipe, dándoles á todos órden de estar en la playa al descender las nocturnas sombras. A Noemon, hijo de Fronio, pidióle una nave, y sin dificultad la obtuvo.

»Llegada la hora, lanzada la nave al mar y aparejada, amarróla al extremo del puerto; al rededor de la diosa iban ya reuniéndose los hombres que debían marinarla, á los que animaba con entusiastas excitaciones. Dirigiéndose luego al palacio de Telémaco, esparció soporífero vapor por entre los magnates; caíanseles de la mano las copas, y en la imposibilidad de continuar el festin, tomaron dormitando el camino de su respectiva morada, donde quedaron rendidos al sueño.

»Entónces la diosa, tomando la figura y la voz de Mentor, llama al jóven príncipe y le dice:

»—Tus compañeros, con el remo en las manos, ocupan ya su puesto en la nave, y te aguardan. Partamos.»

Y se encaminan al puerto; cargada la nave con las provisiones ántes preparadas y embarcados todos, salieron al mar. Minerva sentóse junto al gobernalle y Telémaco á su lado. Aquella diosa hizo que de la parte de occidente se levantara un viento favorable, que, con voz sonora, recorrió el negro imperio del mar. Telémaco dispone izar el palo y dar la vela; corta con estrépito la nave las sombrías olas y por su popa desaparece la dilatada costa, miéntras que los tripulantes, alzando las copas, ofrecen libaciones á los inmortales, y en especial á la augusta hija de Zeus.

Abandonaba el sol el majestuoso imperio de las aguas, y comenzaba su curso por la bóveda del cielo derramando luz entre los inmortales lo mismo que entre los frágiles séres diseminados por la tierra fecunda, cuando Telémaco y sus compañeros llegaron á los muros cuyos cimientos puso Neleo, á la afortunada Pilos. En aquel momento los moradores de las nueve ciudades de la comarca ofrecían en la ribera del mar solemne hecatombe de toros negros al temido Poseidon; los concurrentes, sentados en la verde hierba, dividíanse en nueve compañías, y cada una, compuesta de quinientos ciudadanos, inmolaba nueve víctimas. Habíase ya repartido entre todas una porcion de las entrañas y disponíanse las ofrendas en honor del dios, cuando llegaron los extranjeros al puerto; dió fondo la nave y saltaron á la playa Telémaco y Mentor.

»—Destierra de tu corazon ¡oh Telémaco! la timidez de la infancia, dijo Mentor; recuerda que has surcado el mar para investigar la suerte de tu padre, para saber cuál es el destino que á tu cariño lo roba ó la comarca en que se encuentra. Acércate, pues, con confianza al venerable Néstor, y pregúntale lo que sabe acerca de héroe que fué su compañero. Néstor es el más sabio de los mortales y la verdad, sólo la verdad saldrá de sus labios.

»—Pero ¿qué he de decirle? ¿cómo me presentaré á él? preguntó turbado Telémaco. Nuevo soy en el arte de hablar con acierto, y á mis años paréceme imposible interrogar sin temor al venerable anciano.

»—En tu corazon hallarás una parte de tu discurso,

contestóle la diosa; lo que te falte te será sugerido por una divinidad. No dudes ¡oh Telémaco! de que presidieron los dioses á tu nacimiento y de que eres constante objeto de su benevolencia.

»Al decir esto se acercaban á la numerosa reunion de los Pelios, en cuyo centro estaban sentados Néstor y sus hijos. Á la vista de los dos extranjeros, salieron varios á recibirlos y saludarlos. Pisistrato, hijo de Néstor, fué de los que más diligencia pusieron en ello, y tomando á uno y otro de la mano, acompañólos al sitio del festin é hízolos sentar entre su padre y su hermano Trasimedes, en blandas pieles extendidas por el suelo. Ofrecióles parte de las entrañas de las víctimas, llenó de vino una dorada copa, y presentándola con afectuoso respeto á Mentor, le dijo:

»—Extranjero, invoca á Poseidon, al rey del mar, cuya fiesta solemne hoy celebramos, y despues de ofrecerle libaciones y dirigirle preces, entrega la odorífera copa á tu compañero para que cumpla con igual deber, ya que sin duda ha de complacerse en ofrecer á los dioses homenaje. ¿Dónde está el mortal que puede prescindir de su auxilio? Como es más jóven que tú, á tí te toca recibir ántes la sagrada copa.

»Satisfecha Atena por el tributo de respeto que presta el mancebo á la majestad de los años, invoca con estas palabras al rey de las ondas:

»—¡Oh tú, cuyos brazos ciñen la tierra, poderoso Poseidon, recibe propicio nuestros votos! Levanta á la cima de gloria inmortal á Néstor y á sus hijos; derrama sobre los Pelios todos, en méritos de este pomposo sacrificio, los dones más preciados, y concédenos igualmente á nosotros, á Telémaco y á mí, el contento de ver cumplido el propósito que ha llevado nuestra nave á estas riberas.

»Así dice, y entrega la soberbia copa á Telémaco, quien eleva á Neptuno iguales votos. En tanto, asada ya la carne de las víctimas, comienza el festin, y concluido, el venerable Néstor dijo:

»—Ahora que nuestros huéspedes han tenido parte en nuestro festivo banquete, conviene que nos digan sus nombres. Hablad ¡oh extranjeros! ¿Cómo os llamais? ¿Desde qué riberas os habeis lanzado al líquido elemento? ¿Es público ó particular vuestro el interes que en esta empresa os guia? ¿O andaríais acaso errantes siempre por los mares á ejemplo de aquellos nautas que, arrostrando la muerte, llevan á todos los pueblos la guerra y la desolacion?

»—Hijo de Neleo, contestó Telémaco alentado por varonil confianza, que le es inspirada por Minerva; Néstor, honra de los Griegos, á decirte voy nuestro nombre y nuestro orígen. Venimos de la isla de Itaca, á la que presta sombra el monte Neo; lo que me trae es más que un interes público, filial deber, asunto que toca á mi persona y patrimonio. Viajo impulsado por el deseo de averiguar el destino de un padre cuya fama llena el universo, del magnánimo Ulises, por la desgracia acosado, que ayudado de tí, debeló los famosos muros de Troya. Al paso que es público el punto en que experimentaron fatal catástrofe aquellos que despues de combatirlos fueron víctimas del destino, diríase que Zeus ha querido cubrir con impenetrable velo el fin de aquel héroe, pues mortal alguno ha podido aún decirnos cómo nos ha sido arrebatado. ¿Ha perecido á los golpes de numerosos contrarios? ¿Ha sido devorado por los abismos de Anfitrite? No se sabe, y por esto vengo ¡oh Néstor! á abrazar tus rodillas y á rogarte que me cuentes la triste historia de su muerte, ora la hayan visto tus ojos, ora la hayas sabido por alguno de los viandantes que errantes recorren la tierra. ¡Ay! tuvo en él su madre hijo bien desgraciado, y la lástima ni otro sentimiento alguno ha de moverte á ocultarme cosa alguna. Refiéreme fielmente cuanto sepas, y si alguna vez mi padre, el generoso Ulises, te prestó servicio con su elocuencia y valor al pié de las murallas de Troya, donde padecísteis ¡oh Griegos! tantas calamidades, recuérdalo hoy, y por su memoria díme cuanto sepas acerca de su destino.

»—Hijo mio, dijo el anciano, tus palabras renuevan en mí la memoria de las desgracias que lejos de su patria afligieron á los esforzados Griegos, ora en aquellas excursiones en que, al objeto de enriquecernos con la devastacion de ciudades, arrostramos á la voz del fogoso Aquiles las deshechas tempestades, ora en los combates que sostuvimos junto á los muros de Ilion, inmensa tumba de innumerables héroes! Yace allí Ayax, comparable á Ares; en aquellas riberas descansan Aquiles y Patroclo, y tambien las cenizas de mi querido y virtuoso hijo, de mi Antíloco, uno de los primeros en la carrera y en las batallas. Otras muchos infortunios cayeron sobre nosotros, ¿qué mortal acertaría á referirlos todos? Cinco años y áun seis que aquí permanecieses y los pasaras interrogándome acerca de los famosos reveses de los héroes de Grecia, te cansarías de mis tristes relatos y partirías ántes que hubiesen concluido. Para vencer al enemigo que teníamos bloqueado, realizamos durante nueve años consecutivos cuanto cabe en el valor y en la astucia, y sin embargo, hasta transcurrido aquel tiempo no se dignó Zeus coronar nuestros esfuerzos con el triunfo. Y en tan dilatado intervalo á ninguno de nuestros guerreros acudió jamas la idea de compararse en prudencia y astucia al grande Ulises, tan numerosos y extraordinarios eran los bélicos ardides que tu padre discurría. Sí, hijo suyo eres, continuó mirando fijamente á Telémaco; mis ojos admirados no pueden apartarse de tí; paréceme que le estoy viendo, que le estoy oyendo, y no vuelvo de mi asombro al contemplar en tu temprana edad tanta semejanza con el aspecto y la discrecion de Ulises. En tanto ocupamos las riberas troyanas, jamas Ulises y yo tuvimos opinion distinta, ni en las asambleas de la hueste ni en el consejo de los reyes, y como si á los dos nos

hubiese dirigido un alma sola, nuestros designios, dictados por la prudencia, iban todos encaminados á la felicidad de los Griegos.»

Refirió entónces el anciano Néstor su partida de las riberas de Ilion en compañía de Ulises en los términos que ántes hemos explicado, y su feliz llegada á Pilos.

«—Bien conoces, añadió, que en mi camino no pude tener noticia de los príncipes que se salvaron ni de los que perecieron. Lo que despues he sabido en esta pacífica mansion, voy á decírtelo.»

Y contó como los invencibles Tessalios, acaudillados por el ilustre hijo del magnánimo Aquiles, habían vuelto dichosamente á su patria; cómo Diomedes, á los cuatro dias de navegacion, había dado fondo con sus naves en las costas de Argos; cómo de igual dicha gozó el famoso vástago de Pœan, el arquero Filoctetes, y finalmente cómo Idomeneo, sin que le arrebatase el mar ni un solo compañero, volvió á Creta con cuantos soldados le dejó con vida la guerra.

Pero tradiciones sin duda posteriores á Homero, daban respecto á esos héroes más circunstanciadas noticias, y de ellas vamos á hacer compendiado relato.

Diomedes, hijo de Tideo, á quien hemos visto tomar gloriosa parte en la guerra de los Epígones contra Tébas y últimamente en la de los Griegos contra Troya, sucedió á su abuelo materno Adrasto en el trono de Argos, y entónces pudo restablecer en el de Calidon á Œneo, padre de Tideo, que fuera arrojado de él por sus sobrinos. Las desgracias del anciano rey, su prolongado destierro, su restablecimiento en el trono de Etolia y la venganza que tomó Diomedes de los usurpadores, á quienes exterminó, eran asunto de una tragedia de Eurípides, que no ha llegado hasta nosotros. A la cabeza de los guerreros argivos marchó Diomedes á las llanuras de Troya; como Ulises, estuvo colocado bajo la proteccion especial de Atena, de la que su padre Tideo recibiera insignes favores, y la *Ilíada* nos ha presentado á éste como uno de los más denodados é intrépidos despues del héroe divino Aquiles. Sus hazañas en el memorable sitio referidas quedan. En los juegos fúnebres dados en honor de Patroclo alcanzó el primer premio de la carrera ecuestre con los caballos de que despojara en buena lid á Eneas, y luchó ademas con Ayax por las armas de Sarpedon y la espada de Asteropeo: indecisa la victoria, fueron los premios divididos entre ámbos.

Al dejar con sus naves las costas de Ásia, una tradicion distinta del relato de Néstor decía haber padecido, al igual que los demas caudillos, violenta tempestad que le arrojó de noche á la costa ateniense de Faleros. Creyendo los moradores ser atacados por corsarios se precipitaron en armas contra los Argivos. Demofonte, rey de Atenas, acudió al fragor de la pelea, y quitó el Paladion á Diomedes, que lo llevaba consigo. Otras tradiciones afirmaban haber caido el Paladion al mar y que las olas lo llevaron á Apulia.

Graves y dolorosos pesares aguardaban al héroe á su llegada á Argos. Su esposa Egialea, seducida por Vénus, que deseaba vengarse de la herida que Diomedes le inferiera, ó engañada por Eax, hermano de Palamedes, quien le anunció haber contraido su esposo nuevo himeneo, entregóse á Cometo, hijo de Stenelo, ó bien se dió, segun algunos autores, á licenciosa vida. Los amantes armaron conjuras contra el legítimo esposo, y rodeado éste de celadas y viendo por todas partes traidores, refugióse al pié de un altar de Júpiter, y á la noche siguiente marchó de Argos con cuantos quisieron compartir con él la azarosa existencia á que otra vez era condenado.

Italia y España figuraron en su leyenda, lo mismo que en la de Ulises, á proporcion que las colonias griegas iban difundiendo las primeras noticias geográficas sobre aquellos países, ántes ignorados. A ámbos héroes, al igual de lo que con otros sucedía, atribuyeron las primitivas tradiciones españolas la fundacion de ciudades en estas regiones de occidente.

«Concluida la guerra de Troya, las reliquias de los ejércitos griego y troyano se derramaron é hicieron asiento en diversas partes del mundo; en particular vinieron á España, y poblaron en ella no pocos capitanes de los Griegos. Tal es la comun opinion de nuestros historiadores y gente, que muchas naciones antiguamente trasladadas á esta region, por la comodidad que hallaron, asentaron y poblaron en diversas partes de España.

»...Dicen otro sí que Diomedes, hijo de Tideo, aportó á las riberas de España; pero como en todas partes los naturales le hiciesen resistencia, rodeadas todas las riberas del mar Mediterráneo y gran parte del Oceano, pasó de la otra parte de la Lusitania, y allí fundó del nombre de su padre la ciudad de Tuy, que en latin se llama Tudo ó Tido, entre las bocas de los rios Miño y Lemia, á la ribera del mar. Estrabon, asimismo en el libro tercero, refiere que Mnesteo Ateniense con su flota vino á Cádiz, y enfrente de aquella isla, á la boca del rio Belon, que hoy es Guadalete, por donde se desemboca en la mar, se dice edificó una ciudad de su mismo apellido y nombre, donde al presente está y se vé el Puerto de Santa María. Demas que entre los dos brazos del Guadalquivir edificó un templo que se llamó antiguamente Oráculo de Mnesteo, sobre el mismo mar, que fué de grande momento para acrecentar en España la supersticion de los Griegos.

»Por conclusion Estrabon y Solino testifican que Ulises entre los demas vino á España, y que en la Lusitania ó Portugal fundó la ciudad de Lisboa, cosa de que el mismo nombre de aquella ciudad da testimonio, que segun algunos en latin se escribe Ulissipo. Si bien otros son de diferente parecer, movidos así del mismo nombre de aquella ciudad, del cual por antiguallas se muestra se debe escribir Olisipo y no Ulissipo, como tambien porque en las marinas de Flandes, en diversos lugares, se halla

mencion de las aras ó altares de Ulises, dado que no pasó en aquellas partes. Por estos argumentos pretenden que conforme á la vanidad de los Griegos pusieron á Ulises antiguamente en el número de sus dioses, y para honrarle en diversas partes le edificaron memorias; lo cual dicen pudo ser sucediese en España, y que Lisboa por esta causa tomase el nombre de Ulises, sin que él ni su gente aportasen á estas partes.» (P. Mariana).

La fama de estos dos héroes de la guerra de Troya, de Diomedes y Ulises, se propagó principalmente por Italia, merced á las numerosas colonias griegas que allí se establecieron, y junto con ellos eran considerados otros varios como primeros colonos de aquellas regiones. Segun luego dirémos, Filoctetes é Idomeneo se contaban en dicho número, y es positivo que en Tarento eran ofrecidos sacrificios regulares no sólo á Diomedes y Ulises, sino tambien á los Atridas y á los Eacidas, es decir á todo el ciclo de los héroes griegos. Esto no obstante, el hijo de Tideo y el de Laertes, á juzgar por el gran número de monumentos y tradiciones á ellos referentes, fueron los más populares en las comarcas italianas, y su leyenda helénica en los puntos donde se establecieron, modificóse al fundirse con ciertas tradiciones nacionales.

Como sucediera con Aquiles, ocupa Diomedes importante lugar en las tradiciones religiosas griegas; su culto, originario de Argos, fué propagado á la Magna Grecia. Metaponte, Turium y otras varias ciudades se envanecian de haber sido fundadas por él, y le veneraban cual dios; pero donde mayor prestigio ejercía su nombre era entre los Daunios de Apulia, que mostraban en su territorio, desde Canusa á Arpino, muchos monumentos de su reinado. Allí aportó al emigrar de Argos, y fué amistosamente acogido; en recompensa dió muerte á horrible dragon que devastaba la comarca, é hizo al príncipe Daunio que allí reinaba formal promesa de asistirle contra todos sus enemigos. Venciólos en efecto, y Daunio le dió entónces á escoger entre el botin recogido y el terreno conquistado. El héroe que ambicionaba uno y otro se negó á elegir, y el litigio que de esto resultó fué sometido á la decision de un pariente de Diomedes por nombre Althenio. Amaba éste á Evippa, hija de Daunio, y á fin de granjearse la benevolencia del padre, falló que con el botin había de contentarse Diomedes. No sucedió así, ántes bien despechado el héroe dirigió al cielo una invocacion en virtud de la cual quedó el país completamente estéril, y como desde el principio de la permanencia de Diomedes en Apulia los moradores, agradecidos á sus beneficios, le habían erigido una estatua, Daunio, para que la esterilidad cesara, dispuso que fuese arrojada al mar. Pero aunque de piedra, flotó en el agua y la calamidad no cesó. Furioso el príncipe á la vista del prodigio, mandó prender al mismo Diomedes y estrangularle.

Otra tradicion lo representa, por el contrario, esposo de Evippa y soberano de las comarcas que por la parte de Maluentum (Benevento) confinaban con el reino de Daunio, en las que fundó á Argirippa (primitivamente Argos Hippium y despues Arpi). En una isleta del Adriático desapareció de entre los mortales, y desde aquel momento fué adorado como dios. De ahí la creencia popular de que habitaba en las *isole di Tremiti*, llamadas desde entónces islas de Diomedes; decíase que sus compañeros habían sido transformados en una especie de aves llamadas diomédicas, y se contaba que el héroe, temeroso de la venganza de Vénus, negóse á hacer armas contra los Troyanos cuando capitaneados por Eneas se presentaron en las costas de Italia, habiendo los Rútulos, que les movieron guerra, reclamado en vano su auxilio.

»Vénulo, mensajero de aquel pueblo, solicitó la alianza del héroe de Etolia, pero éste se excusó, alegando que los súbditos de su suegro no habían de exponerse á los azares de las batallas y que sus compañeros eran en número harto reducido para tomar las armas.

»Y no creas, añadió, que sea lo que digo un pretexto vano. Aunque hay recuerdos que me penetran de acerbo dolor haré, sin embargo, un esfuerzo para traerlos á mi memoria. La soberbia Ilion había perecido entre las llamas encendidas por los Griegos, cuando Ayax, arrancando á una vírgen del templo de Minerva, atrajo sobre todos nosotros la pena que sólo él merecía. Dispersados, llevados por los vientos á mares enemigos, hubimos de luchar contra el rayo, las tinieblas, la lluvia y la cólera desencadenada del cielo y del mar. Cafareo llevó nuestro desastre al colmo. No me detendré en relatarte la larga cadena de mis deplorables desventuras; sólo te diré que Grecia hubiera parecido digna de lástima aun al mismo Príamo. El favor de Minerva me salvó de las olas, mas en breve nuevo destierro me alejó de Argos, mi patria. Airada Vénus contra mí por su pasada herida tomó de ella cruel venganza, y fueron tantos y tan graves los males que por mar y por tierra padecí que llegué á envidiar no pocas veces la suerte de mis amigos arrastrados al fondo del abismo. Extenuados mis compañeros por las fatigas de la guerra y de las olas, perdieron todo su valor y quisieron abordar en la primera playa que se presentase. El ardiente Acmon, enfurecido por los contínuos reveses, dijo:

»—Compañeros, ¿qué nos queda ya que padecer? ¿Qué clase de golpes puede reservarnos Vénus que no los hayamos experimentado ya? El temor de que nuestra suerte empeore lleva siempre consigo alguna esperanza; mas para quien llega á la cúspide de la adversidad desaparece el miedo y del mismo exceso de la desventura nace la salvacion. ¿Qué importa que Vénus me oiga y persiga con su resentimiento á los amigos todos de Diomedes? Despreciarlo nos toca, y quizas, con otro esfuerzo más, lleguemos á alcanzar gran poderío.

»Estas palabras de Acmon encienden de nuevo el furor de Vénus y reaniman su antiguo encono; pocos las aplauden; los más explícitamente las condenan. El fogoso

guerrero se disponía á verter nuevos conceptos, cuando observa que su voz disminuye y que su garganta se estrecha. Truécase su caballera en un plumaje que cubre su cuello, su seno y sus espaldas; de sus brazos brotan alas, y su boca se alarga y convierte en duro y agudo pico. A la vista de tal metamorfósis, Lyco, Idas, Nicteo, Rethenor y Abas quedan inmóviles de asombro; pero en medio de su sorpresa experimentan transformacion igual, y sucediendo lo propio á la mayor parte de mis compañeros, revolotean convertidos en aves y azotan con sus alas el cordaje de la nave. Si me preguntas cuáles eran aquellas aves tan de pronto creadas, te diré que no eran cisnes, pero que tenían su nítida blancura. Llegado á estos sitios y convertido en yerno de Daunio, recibí de él las áridas campiñas de Iapigia, y en ellas moro con los escasos compañeros que me han quedado.» (Ovidio).

En la isla existió hasta la época histórica un templo consagrado al héroe, y del país de los Daunios remontó la leyenda el litoral hasta los Ombrios, en los alrededores de Ancona, y tambien hasta los Vénetos, en la desembocadura del Po. En varios puntos de esos teritorios tuvo Diomedes templos y altares, y en tiempo de Procopio mostrábase aún en uno de ellos la cabeza del jabalí de Calidon. Suponen los autores que de esto tratan que existiría en aquellas regiones un dios nacional y primitivo de la equitacion y del arte de navegar, y que con su culto se confundió la leyenda de Diomedes.

La fábula de Ulises, por el contrario, propagóse principalmente entre las poblaciones de la parte opuesta de la costa al impulso de los Griegos de Cumas. Ulysses ó Ulixes, forma griega empleada (segun queda dicho) en Sicilia y en Italia en vez del antiguo nombre épico de Odyseus, influyó poderosamente con sus aventuras en la geografía de los Italianos occidentales. Cumas, con su culto de los muertos, se ofreció como lugar preciso y excelente para la evocacion de las sombras relatada en el homérico poema, y de ahí que las leyendas de Calipso, de los Cíclopes, de Eolo, de los Lestrigones, de Circé, de las Sirenas y de Scila y Caribdis se aplicasen á diferentes puntos de la costa accidental de Italia y de Sicilia. Creíase encontrar las islas de Eolo en el grupo de Lipari; la isla de Calipso en las inmediaciones del promontorio Lacinio (isla de Ogigia); la de las Sirenas junto al cabo Miseno; la de Circé en el cabo Circeo, y el sepulcro erigido á Elpenor en la cima del escarpado peñon de Terracina. Los Lestrigones moraban cerca de Caieta; el lujo que Ulises tuvo de Circé, Agrios ó Latino reinó sobre los Tirrenios, en la region más recóndita de la isla Sagrada. Otra version, que se supone más reciente, decía, que quien reinó en la isla fué Auson, hijo de Ulises y de Calipso, ó de Circé, segun algunos, aunque pocos mitólogos. La Circé griega, ya lo hemos dicho ántes de ahora, quedó identificada con la antigua diosa latina de los hechizos.

En opinion de los mitógrafos é historiadores esas leyendas y las genealogías que en ellas se fundaron se remontan á gran antigüedad, quizas á la época de los primeros reyes romanos, y de todos modos son anteriores al siglo de Alejandro y á la leyenda de Eneas, que á buen seguro no sería introducida en Italia por los Griegos, enemigos y vencedores de los Troyanos. De Auson se hacía derivar el nombre de Ausonia. A Telégono, otro supuesto hijo de Ulises y Circé, se atribuía la fundacion de Tusculum; los Mamilianos le veneraban como tal, y á él y á su hija Mamilia los tenían por tronco de su linaje. En algunas combinaciones genealógicas Romos, Antías y Ardea eran considerados tambien como hijos de Ulises y Circé, y es indudable que la antigüedad de tales fábulas había de ser mucha en cuanto reconocían una gran importancia á las ciudades de Ancio y Ardea, siendo así que desde un principio las encuentra la historia muy degeneradas. Entre los Etruscos, en fin, Ulises y sus hijos gozaban de gran popularidad; en Cortona identificóse con el héroe griego cierto Nano, un desterrado que andaba errante sin patria ni hogar, y en Clusium y en Ceré tenían parte Telémaco y Telégono en las combinaciones genealógicas de numerosas familias.

Pero en Etruria, áun más difundida que esas leyendas, lo fué la del héroe Telefos á quien, sustituyendo á Hércules, se apellidaba padre de Tarcon y Tirreno, fundadores de la ciudad de Tarquinia y de la nacion en general. El mismo héroe hubo de gozar de gran consideracion entre los Tirrenos de Campania, pues en sus medallas es muy frecuente hallar su historia y su imágen. Algunas veces era identificado con Latino.

Filoctetes é Idomeneo, hemos dicho, fueron á parar desde las riberas de Ilion á las de Hesperia pasando por su patria, donde padecieron amargas desgracias: así lo quieren tradiciciones posteriores sin duda al homérico poema, que conforme hemos visto no menciona la nueva y última peregrinacion de aquellos héroes.

Rendida Troya, Filoctetes volvió á Melibea, su patria, donde le esperaban nuevas desventuras: ya porque se hubiese reabierto su asquerosa herida, segun algunos, ó por otra causa, aquellos ciudadanos se alzaron contra él y le arrojaron del país. De nuevo embarcado, hizo rumbo á Italia y allí fundó la ciudad de Petelia, en Calabria, donde se supone que recobró la salud. De él cuenta la fábula que venció á los Campanios y que fué muerto por los Rodios. Eurípides y Eschilo escribieron sobre este héroe tragedias en el dia perdidas: sólo existe la que compuso Sófocles.

Á Idomeneo, hijo de Deucalion y nieto de Minos, soberano de Creta, hémosle visto en la hueste griega expugnadora de Troya como pretendiente que había sido á la mano de la hermosa Helena. Á su regreso experimentaron sus naves, como todas, tan furiosa tempestad que el piloto, lo mismo que el rey y cuantos le acompañaban, creyeron ser llegada su hora postrera. En aquel

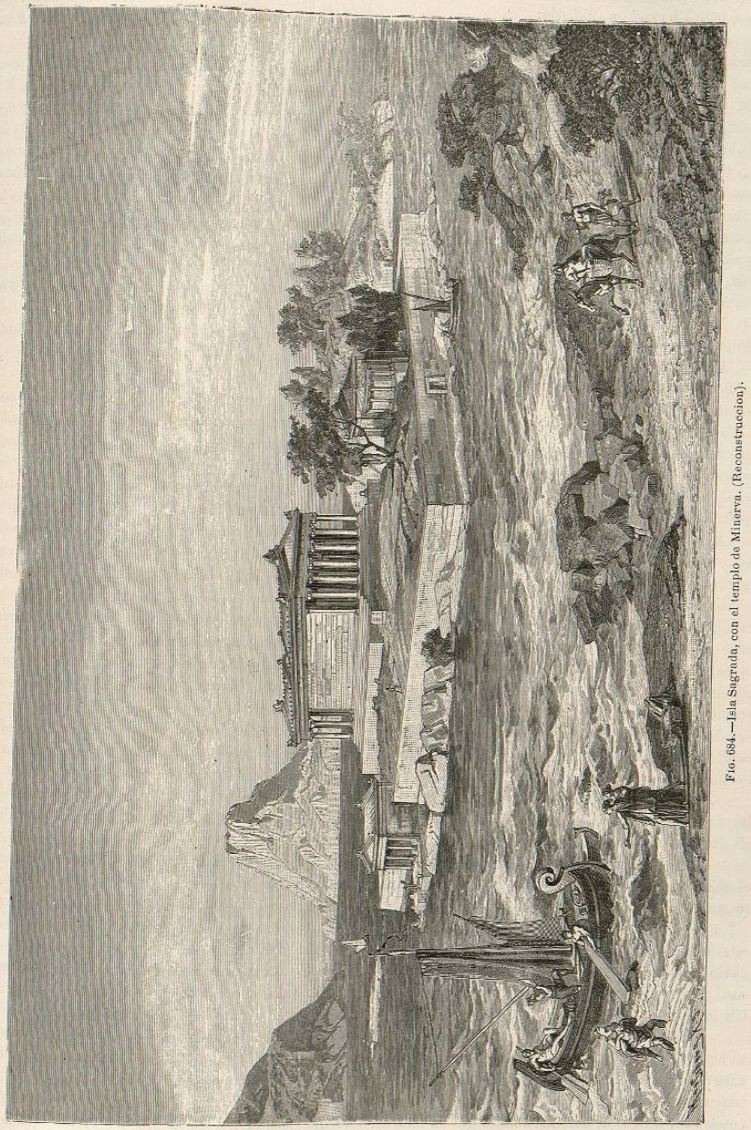

Fig. 684.—Isla Sagrada, con el templo de Minerva. (Reconstruccion).

duro trance, Idomeneo, alzando los ojos y las mano las cielo, invocó á Poseidon, diciendo:

«—¡Oh dios poderoso! tú que tienes sobre las olas supremo poder, mira propicio á un desventurado, y si á pesar del furor de los vientos me dejas llegar á mi querida Creta, prometo inmolar en tus altares al primer varon que al poner el pié en tierra se presente ante mis ojos.»

En tanto su hijo, impaciente por abrazarle, no se apartaba de la playa, y cuando Idomeneo, salvado de la deshecha tormenta, llegaba al deseado puerto y daba gracias á Neptuno por haber oido su ferviente plegaria, no sin que sintiese como un vago presentimiento de una gran desgracia, miró, al levantar la vista, á su hijo delante de él. Sobrecogido de horror, retrocede, y sus ojos buscan, aunque en vano, otro sér ménos querido que pueda servirle de víctima.

Arrójase el jóven á su cuello, y admirado y entristecido viendo que no eran sus caricias correspondidas, prorumpe en llanto, diciendo:

«—¿Por qué esa tristeza, padre mio? Cuando pensaba veros radiante de gozo, os encuentro afligido y como pesaroso de hallaros otra vez en vuestro reino y en los brazos de vuestro hijo. ¿Qué he hecho yo para que así aparteis de mí los ojos?»

Anonadado por su dolor Idomeneo, nada le responde, y trascurridos algunos instantes, entre profundos suspiros, exclama:

«—¡Qué te he prometido, oh Neptuno! ¡Á qué precio, ay de mí, me has salvado del naufragio! Devuélveme á las olas y á las rocas que, al destrozar mi buque, habían de acabar con mi triste vida, pero que mi hijo la conserve. Toma mi sangre ¡cruel deidad! y renuncia á la suya.»

Y al decir esto, sacó la espada y se habría atravesado con ella á no detener su brazo los guerreros que le rodeaban.

El anciano Sofrónimo, intérprete de la voluntad de los dioses, le aseguró que podría satisfacer á Neptuno sin dar muerte á su hijo.

«—Tu promesa, le dijo, fué imprudente; sacrifica al dios cien toros más blancos que la nieve y derrama su sangre al rededor del altar coronado de flores.»

Con la frente inclinada y en silencio oía Idomeneo estas palabras; en sus ojos centelleaba el furor; su rostro pálido y desencajado cambiaba á cada instante de expresion y convulsivo temblor agitaba sus miembros. Su hijo le decía:

«—Héme aquí, padre mio; pronto estoy á morir en honra de la poderosa deidad; no atraigais su ira sobre vuestra cabeza y espiraré contento, ya que con mi muerte os habré dado la vida. Herid, padre mio, no temais que, indigno de vos, sea vuestro hijo un cobarde.

»En aquel momento, Idomeneo, fuera de sí y como movido por las furias, aterrorizando á cuantos asombrados le miraban, clavó su espada en el pecho del niño. Retiróla humeante y chorreando sangre para hundirla en sus entrañas, pero de nuevo le sujetaron los que á su lado estaban.

»Cae el niño bañado en sangre; empañan sus ojos las sombras de la muerte, y si con esfuerzo entreabre los amortecidos párpados, ciérralos otra vez sin poder soportar la claridad del dia. Así hermoso lirio, encanto de la pradera, al tronchar la reja su tallo gentil, languidece sin sosten; aunque no ha perdido su nítida blancura ni el brillo que embelesaban los ojos, la tierra ya no le sustenta y su vida va extinguiéndose; del mismo modo el hijo de Idomeneo, como tierna y delicada flor, es sin piedad arrebatado á la vida en sus años primeros.

»En el exceso de su dolor parece el padre haberse hecho insensible; no sabe dónde se encuentra, ni lo que ha hecho, ni lo que le toca hacer: con paso vacilante se encamina á la ciudad, y sin cesar llama á su hijo.» (Fenelon).

No fué acepta á los dioses la inocente sangre; una peste violenta vengó la muerte del mancebo, é Idomeneo, considerándose como autor de la calamidad, abandonó su patria. Decia una variante de la tradicion que horrorizado el pueblo por la bárbara accion, y excitado por el usurpador Leucos, se sublevó contra el nieto de Minos; armado con palos y piedras, atacó á los recien llegados, y los amigos de Idomeneo no hallaron para salvarle otro medio que llevarle á las naves, con las que huyeron á merced de las olas. Al volver en sí de su letargo, dióles gracias por haberle arrancado de una tierra que él mismo regara con la sangre de su hijo, y en la que no habría podido vivir; los vientos los llevaron á Hesperia, y allí fundaron un nuevo reino en el país de los Salentinos.

Otra tradicion refería que el jóven príncipe fué salvado por el pueblo sublevado, y hacía aportar al rey á Colofon. Otras finalmente colocaban en Cnossa el sepulcro de Idomeneo, el cual era venerado como un héroe indígena. Antiguas leyendas hacían de él un juez de los Infiernos.

Tarento fué otra de las colonias griegas en Italia; quería la tradicion que la hubiese fundado Falante, despues de reunir en Laconia á gran número de jóvenes de uno y otro sexo, nacidos de las mujeres lacedemonias que, olvidando á sus maridos durante la guerra de Troya, habíanse entregado á los esclavos. Al regreso de la hueste, halláronse aquellos jóvenes abandonados, y sin padres que los educaran se entregaron á toda clase de excesos. La severidad de las leyes hubo de reprimirlos hasta que reunidos á la voz de Falante, jefe ambicioso é intrépido, se embarcaron para fundar en Hesperia una segunda Lacedemonia. Una tradicion representa á Falante naufragando en el mar de Crissa ó golfo de Corinto y llevado por un delfin á las costas de Italia. Contábase que transcurrido algun tiempo los moradores

LA FRÁGUA DE VULCANO

Cuadro de un grupo de Velazquez (Museo de Madrid)

de Tarento le expulsaron de su ciudad, debiendo refugiarse en Brindis. Acaecida su muerte sus cenizas fueron por órden suya esparcidas por las calles de Tarento, pues un oráculo había dicho que de esto dependía la posesion de la ciudad por los emigrados lacedemonios. Estos le erigieron una estatua, en cuyo pié estaba el delfin salvador, é instituyeron una fiesta en honor del héroe su caudillo.

Tradiciones italianas ponían ademas entre los colonizadores griegos á Néstor, el sabio anciano que había vivido el tiempo de tres generaciones. Aunque Homero no lo hace salir de su reino de Pilos, teníasele por fundador de la ciudad de Metaponte, en el golfo de Tarento.

Siguiendo Néstor, en el poema homérico, instruyendo á Telémaco de la suerte experimentada por distintos príncipes griegos á su regreso de Troya, refirióle la horrible muerte que hallara Agamenon, víctima de la saña de Egisto.

«—Pero el infame, añadió, ha pagado ya caramente su delito. ¡Dichoso quien deja un vengador en la persona de un hijo! El de Agamenon castigó al pérfido asesino que le robó el cariño de un ilustre padre. Tambien tú, hijo mio (la nobleza de tu semblante lo asegura), sabrás oponer á los peligros un corazon invencible para que tu nombre sea famoso entre las generaciones futuras.

»—¡Oh hijo de Neleo, honor de los Griegos! contestó Telémaco; Orestes al castigar á Egisto ejerció tan justa como admirable venganza, y su gloria, que ya viviendo él, fué celebrada en toda la Grecia, será objeto de alabanza por parte de la posteridad más remota. ¡Ah! ¿Por qué no ha de darme el cielo la fuerza necesaria para castigar de igual manera la insolencia de los magnates que, cubriéndome de oprobio, maquinan nuestra ruina? Pero no estamos ni mi padre ni yo destinados para felicidad tan grande, y preciso es que me resigne con mi humilde suerte.

»—Pues á ello aludes, repuso el anciano, fuerza es decirte que la Fama habla en efecto mucho de los numerosos pretendientes que asedian á tu madre, imponen leyes en tu casa y te arman funestas asechanzas. Pero ¿te has sometido voluntariamente á ese yugo, ó la voz de un oráculo te ha hecho para tu pueblo odioso? Sea como fuere no pierdas la esperanza de ver algun dia á tu padre, que solo, ó auxiliado por toda la Grecia, castigará de un modo ejemplar semejante atropello. Si Palas se dignase otorgarte la señalada proteccion con que honró al famoso Ulises en los troyanos campos donde tantos males padecimos; si se dignase mirarte con el mismo afecto, ¡ah! muy pronto la turba vil que te deshonra habría de dar al olvido sus proyectos de himeneo para hacer frente á ménos placenteros cuidados.

»—La esperanza con que me halagas ¡oh anciano! dijo Telémaco, no llegará á realizarse nunca; jamas volveré á ver á mi padre. La idea sola de que podría llegar á ser verdad lo que dices, me deja extático y sin voz. Pero no, áun con el auxilio de los dioses, paréceme imposible que alcanzáramos tan inmensa ventura.

»—¿Cómo te atreves ¡oh jóven! á pronunciar semejantes palabras? Sabe que sacar á un mortal de los lugares más remotos donde su suerte le extravía y volverle en seguida á su tierra natal es para los dioses muy fácil empresa... La ley comun de la muerte es la única á la que no pueden sustraer ni al hombre para ellos más querido así que por la inexorable Parca ha sido sumido en el profundo sueño del sepulcro.»

Explicó luego Néstor la tremenda venganza de Orestes y la llegada de Menelao á Esparta con tantos tesoros como podian contener sus naves, y añadió:

«—En cuanto á tí, mi jóven amigo, guárdate de pasar largo tiempo léjos de tu patria; no abandones tu casa y tus bienes á perversos magnates, y teme que en tu ausencia consumen la ruina de tu patrimonio. Sin embargo, si tienes en algo mi consejo, no dejes de visitar é interrogar á Menelao; dirígete á su reino en tu nave, y si no quieres surcar las olas ahí están mi carro y mis corceles, y mis hijos te guiarán á la soberbia Lacedemonia.

»Cuando decía estas palabras hundíase el sol en el Oceano y esparcía la noche sus sombras por la tierra.

»—Por tus labios ¡oh anciano! dijo Mentor, habla la sabiduría. Pero hora es ya de que cortando las lenguas de las víctimas y levantando las copas, ofrezcais libaciones á Poseidon y á todos los dioses. Ya no nos ilumina can sus rayos el astro del dia, y no es lícito prolongar por más tiempo los festines á los inmortales consagrados.»

Así dijo la hija de Zeus y todos acataron su voz; los heraldos dieron aguamanos á los príncipes; consumió el fuego las lenguas de las víctimas, y en seguida corrió el vino en honor de los inmortales. Cumplido este deber Mentor y Telémaco se disponían á marchar para dirigirse á la nave, pero Néstor, con exaltacion, dijo:

«—Líbrenme de consentirlo Zeus y los dioses todos. ¿Por ventura soy yo un indigente y no tiene mi casa un lecho para los extranjeros? Rica es, por el contrario, en telas preciosas y en purpúreos tapices; miéntras tenga aliento no he de permitir que un huésped para mí tan querido, como es el hijo del insigne Ulises, pase la noche en un bajel, y cuando yo no exista ¿acaso no quedarán mis hijos para ejercer con cuantos entren en ella los deberes de la hospitalidad?

»—Bien has hablado, anciano, dijo Mentor; Telémaco te obedecerá y cumplirá tu deseo durmiendo en tu palacio; en cuanto á mí, permíteme que vuelva á la nave á fin de mantener los bríos de nuestros compañeros y comunicarles las necesarias órdenes. Compónese la tripulacion de jóvenes que han acompañado por amistad á Telémaco, y conviene que no les deje el único anciano

que con ellos navega. Esta noche la pasaré en el buque, y al asomar la aurora partiré al país de los valerosos Caucones, con objeto de reclamar allí antigua y considerable deuda. Al noble hijo de Ulises le acompañará á Esparta uno de tus dos hijos ¡oh Néstor! en ligero carro tirado por ágiles corceles.»

Y desaparece la diosa con la rapidez del águila en medio del asombro de los asistentes. El anciano Néstor no vuelve en sí de sorpresa, y tomando de la mano á Telémaco, le dice:

«—Por tu valor y tus virtudes serás, hijo mio, el honor de tu linaje, pues, mozo como eres, tienes á los dioses por compañeros de tus pasos. Por aquí ha pasado, no cabe dudarlo, la hija de Zeus, la invencible Palas, constante protectora de tu padre. ¡Oh insigne diosa! muéstrate para nosotros propicia, cólmanos de gloria y de dicha á mí, á mis hijos y á mi buena esposa; para alcanzarlo ¡oh diosa! te sacrificaré una novilla de un año no uncida aún al yugo, habiendo dorado ántes sus nacientes cuernos.»

El venerable monarca, á la cabeza de sus hijos y yernos, se encamina á su palacio, y ofrecidas á los dioses las ordinarias libaciones, retiráronse todos á gozar de las delicias del descanso. Néstor coloca al hijo de Ulises en el pórtico sonoro, donde se le había preparado un lecho que divide con él Pisistrato, el más jóven de los hijos del rey, y que por lo mismo no estaba aún casado.

Llegado el nuevo dia, levantóse Néstor y fué á sentarse en las piedras blancas y lucientes, como rociadas con aceite, que se hallaban junto á las puertas del palacio: desde ellas dictó Neleo las sentencias cuya justicia le hizo semejante á los dioses. Sus hijos Equefrontes, Stracio, Perseo, Areto, Trasimedes y Pisistrato le rodean, y entre ellos está Telémaco, radiante de distincion y belleza.

«—Apresuraos, hijos mios, dijo Néstor, á coadyuvar á mis designios; voy á cumplir el voto que hice á Minerva para tenerla propicia, pues no puedo dudar de que ayer tomó parte en nuestra fiesta á Poseidon. Vaya uno de vosotros al prado para que los pastores traigan sin demora la más hermosa novilla; corra otro á la playa y guíe á este lugar á los compañeros de Telémaco, quedando únicamente dos para custodiar la nave; llámese al industrioso Laerces para que dore los cuernos de la víctima, y en tanto dispongan los esclavos todo lo necesario para el sacrificio y el solemne festin. Que traigan sillas, leña y agua clara.»

Sus órdenes quedan cumplidas, y á poco llega Laerces con los instrumentos de su arte, que son el yunque, el martillo y las tenazas. Entrégale Mentor el oro, y despues de prepararlo, adorna con él las astas de la víctima. Minerva, que honraba con su presencia el sacrificio, recibe con satisfaccion la ofrenda. Equefrontes y Stracio conducen por los cuernos al mugiente animal; Areto presenta con una mano el agua lustral y con la otra la sagrada cebada; armado con la tajante segur colocóse junto á la víctima el belicoso Trasimedes, pronto á descargar el golpe, y Perseo se prepara para recibir la sangre en profunda vasija. El anciano Néstor, rociando la novilla con el agua lustral y ofreciendo la cebada, dirige á Atena ferviente plegaria, y como primicias arroja al fuego un mechon de pelo arrancado del testuz de la víctima.

Entónces Trasimedes hiere; corta el hacha los tendones del cuello y la vigorosa becerra, sin poder sostenerse, cae derribada al suelo. Las hijas de Néstor, sus nueras y su esposa, la venerable Eurídice, prorumpen en gritos y deprecaciones, y luego que numerosos brazos han ayudado á levantar á la víctima, Pisistrato la degüella; la sangre en negros borbotones llena la urna, y el animal espira. Cortado á tajadas, despues de separar la porcion consagrada á la ofrenda, fueron aquéllas arrimadas al fuego. Telémaco, tomado el fragante baño adonde le guiara la hermosa Policastes, hija de Néstor, sentóse junto al anciano, y comenzó el festin.

Terminado que fué, dispuso el rey atalajar á su carro los rápidos corceles, y colocadas en él las necesarias provisiones, ocupáronlo Telémaco y Pisistrato. Empuñó éste las riendas, y tocando con el látigo los caballos, lanzóse el carro fuera de los muros de Pilos. Todo aquel dia corrió apénas sin descanso, y al ponerse el sol llegaron los viajeros á Feres, donde Diocles, hijo de Orsíloco, dióles hospitalidad en su palacio. Á la tarde siguiente vieron las feraces campiñas de Messinia, término de su viaje, y así que la noche comenzaba á difundir sus sombras por la tierra, deteníase el carro en la puerta del alcázar del gran Menelao.

Hallábase éste celebrando en opíparo festin el doble enlace de su hija Hermione con Neoptolemo, y de su hijo Megapento, nacido de una cautiva, con una ciudadana de Esparta, hija de Alector. Reunidos en inmensa sala los vecinos y amigos del venturoso Menelao entregábanse á la alegría del banquete; un cantor acompañaba con la lira sus melodiosos acentos, y en medio del salon dos bailarines admiraban á los comensales con sus acompasados movimientos y prodigiosos saltos.

Eteoneo, uno de los fieles servidores de Menelao, vió á los extranjeros, y corrió á anunciar su llegada al rey, preguntándole si habían de desenganchar sus magníficos corceles ó dirigir los recien venidos á otro príncipe que pudiese recibirlos.

«—Hasta hoy, Eteoneo, te había creido dotado de muy buen juicio, dijo Menelao con indignacion; pero, cual si fueses niño, acabas de pronunciar insensatas palabras. ¿No recuerdas ya que únicamente por haber hallado en todas partes generosa hospitalidad nos es dable hoy gozar de reposo en nuestra morada? No te detengas, é introduce á esos extranjeros á fin de que tomen parte en nuestra fiesta.»

Miéntras Eteoneo y otros servidores desuncen el carro y acomodan á los caballos en magníficas caballerizas, hermosas esclavas conducen al baño á los dos jóvenes, los cuales, perfumados, cubiertos con magníficas túnicas, son luego acompañados á la resplandeciente sala del festin y colocados junto al hijo de Atreo. Tomándoles éste de la mano, les dice:

»—Entregaos ahora al placer; cuando habréis reparado vuestras fuerzas nos diréis vuestro orígen, que sin duda no estará cubierto con las sombras del olvido; descendientes seréis de reyes, pues hombres como vosotros no han nacido de padres oscuros por su cuna ni por sus acciones.»

Comían los dos jóvenes los suculentos manjares que los esclavos les ponían delante, cuando Telémaco, inclinándose hacia su compañero, le dijo en voz baja:

«—Mira, hijo de Néstor, querido amigo mio, cómo brilla el bronce en este salon elevado y sonoro, cómo centellean en sus paredes el ámbar, el marfil, la plata y el oro. Semejantes destellos despedirá sin duda en el Olimpo el palacio donde reune Zeus á los dioses inmortales. ¡Soberbia pompa! este espectáculo me encanta y embelesa.»

Oyó Menelao estas palabras, y volviéndose á sus huéspedes, les dijo:

«—Queridos mancebos, no hay mortal que pueda compararse con Zeus; sus alcázares y cuanto le pertenece son eternamente duraderos. Entre los hombres los hay que me igualan en riqueza y otros que me son inferiores, pero ocho interminables años de existencia errante y de horribles infortunios me ha costado el poder llevar á buen puerto mis naves cargadas de tesoros. Juguete de las tempestades, recorrí Cipris, Fenicia y Egipto; visité la Etiopía, Sidon y finalmente la Libia donde están armados de cuernos los corderos ya al nacer y enriquecen las ovejas el rebaño con tres crias anuales. Sin embargo, creed que es poco el contento que me da verme rodeado de tanta opulencia. Miéntras la adquiría á costa de infinitos viajes y peligros, arrebatóme un malvado mi único hermano urdiendo espantosa trama con la abominable esposa de la víctima infeliz. Vuestros padres, sean quienes fueren, os habrán sin duda contado el trágico suceso. En cuanto á mí, indecibles son los trabajos y privaciones por que he pasado, y ántes que me rodeara esta esplendente pompa, sacrifiqué gustoso mi casa y un patrimonio que era suficiente para mi felicidad. ¡Ah! ¿por qué no permanecí sosegado en mis hogares satisfecho con aquellos bienes? De haber sido así vivirían aún los innumerables héroes que espiraron lejos de Grecia, en los campos de la soberbia Troya. ¡Cuántas veces, buscando la soledad en este suntuoso alcázar y hallando en el dolor amargo goce, les consagro á todos un recuerdo y abundantes lágrimas! hasta que, más aliviado el corazon, me esfuerzo en recobrar la calma, ya que es el hombre muy flaco para soportar por mucho tiempo la pena. Y por aflictiva que su memoria me sea, más aún que á todos ellos, á uno solo lloro y su recuerdo basta para hacerme odioso el placer de los festines y alejar de mis párpados el sueño. No hubo Griego que padeciera los trabajos y arrostrara los peligros por que pasó el ilustre Ulises, y los dioses nos destinaron, á él para el infortunio, á mí para la intensa afliccion que me causa su ausencia, que ya parece eterna. ¿Existe aún? ¿Habrá muerto ya? ¡Ay! ni esto sabemos. ¡Cómo llorarán por él el anciano Laertes, la casta Penélope y Telémaco, á quien dejó en la cuna!»

Á estas palabras no pudo el jóven príncipe contener las lágrimas, que hilo á hilo corrían de sus ojos y mojaban sus vestidos. Para esconderlas sostenía con ámbas manos el purpúreo manto delante de su rostro, y al observarlo cruzó rápida una sospecha por la mente de Menelao.

En esta incertidumbre se hallaba, cuando Helena bajó con sus camareras de la estancia que en el palacio ocupaba, y graciosa cual Diana, con la majestad de Minerva se adelantó por el salon. Prepáranle distinguida sede; una de sus sirvientes pone en sus manos una canastilla de plata, con la lana y la rueca, regalo aquella de Alcandres, esposa de Polibio, rey de Tébas, en Egipto, cuyos palacios encerraban innumerables maravillas, y sentada que está, dice á Menelao:

«—¿Sabes ya, esposo mio, el orígen y la familia de los personajes recien llegados á nuestro palacio? Quizas me engañe, pero cuanto más le miro más crece mi asombro y fuerza es que lo diga: nunca en hombre ni en mujer ví tan gran semejanza como entre ese extranjero y el magnánimo Ulises: así me figuro hoy á su hijo Telémaco, á quien dejó muy niño cuando vinisteis ¡oh Griegos! á las troyanas riberas en busca de criminal mujer armados con la destruccion y la muerte.

»—Igual pensamiento me ha asaltado hace poco, dijo Menelao; sus facciones son las mismas que las de Ulises; su mirada, su cabello, sus manos, su aire todo es suyo: cuando penetrado de la memoria del héroe he hablado de las fatigas y penalidades que con sin igual constancia sobrellevó por mi causa, he visto que el extranjero lloraba, procurando en vano ocultar con el manto su semblante.

»—Y en lo cierto estás ¡oh Menelao! dijo Pisistrato rompiendo el silencio que guardara hasta entónces; en tu presencia está el hijo del insigne héroe. Contenido por la timidez y la modestia, no se atreve, al presentarse aquí por primera vez, á dirigirte la palabra ni á interrumpirte. Por órden de Néstor, mi padre, acompaño yo á Telémaco, quien ha deseado verte para recibir de tus labios saludables consejos y hallar á tu lado consuelo en su desventura. Grande es la de un hijo privado de su padre y sin apoyo en la tierra, y esta es la suerte de Telémaco. No tiene padre, y en Itaca no cuenta con un amigo que pueda librarle del yugo de la opresion.